

## Los Libros

"DANIEL Y LOS LEONES DORADOS", por *José Manuel Vergara*.

Editorial del Pacífico, 1956. Santiago de Chile

Desde hace tiempo, la literatura chilena en su prosa narrativa experimenta modificaciones profundas. Muy lejos del criollismo, los acentos universales de preocupación por el hombre y su razón de ser han ido insinuándose en los autores más jóvenes, pero aún no se manifestaban en forma de efectiva novela, plenamente expresada. José Manuel Vergara ha creado en *Daniel y los leones dorados* un mundo integral. No sólo una cara de la medalla. Esta es la novedad. En la acción relatada se presentan en juego y lucha todos los valores: temporales y eternos. Semejante complejidad no se había logrado en novela nacional. Así la historia narrada alcanza dimensiones abismales de hermosura desde luego, y de rica tensión en el siempre extraño espectáculo de lo que es el hombre situado entre su doliente contradicción interna y las posibilidades de una esperanza definitiva. Esta se da en el libro como consecuencia inminente de la trama, con revés y todo.

A través de una historia de amor, de ardiente anécdota y subidos colores, a lo largo de ese argumento, la pareja de amantes va al encuentro de un destino, porque los hechos que se suceden conducen a la transformación de ellos mismos, les son verdadera "experiencia" en la medida en que inflexionan las posiciones que toman ante el mundo y alteran sus maneras de vivir y padecer. La mujer busca la

dicha. El hombre una verdad. Ella la espera en el amor que practica. El, en la sinceridad de sí mismo. Helen quiere conquistar a su amante que espiritualmente se le escapa. Bob quiere alcanzar a través de ella un conocimiento del mal. Ninguno está con la felicidad, porque se engañan a sí mismos y se aman en el egoísmo. Ambos la divisan. El dice: "Mi dicha no está, para mí, en llevarme bien con todo el mundo, en no hacerle mal a nadie, en tener una casa con jardín y una cortadora de pasto, en ser director de un club de golf ni en pasar las vacaciones en Suiza. Mi dicha tendrá que nacer dentro de mí mismo, y no de un modo de vida. Tendrá que nacer de un con - ven - ci - mien - to..." Ella también la vislumbrará cuando acepte la maternidad y el sufrimiento como parte de la vida.

La vivacidad con que están animados los personajes centrales y secundarios, no se explica diciendo que están muy bien trazados o se parecen a semejantes de la vida llamada real. Este criterio es vacío. Se valora literariamente si consideramos que sus almas son las que crean el ambiente de la novela; por ellos conocemos el paisaje, si se pudiera decir así; y por ellos conocemos las deficiencias fundamentales del mundo contemporáneo. No sólo son funcionales al argumento: éste existe a causa de la naturaleza de Helen y Bob.

El encarna una idiosincrasia terriblemente moderna, representativa de "cierta subjetividad que —según Romano Guardini— aparece ante todo como personalidad, como forma humana que se expande según sus disposiciones y su iniciativa propia". Justifica sus actos con su temperamento, pero sublimando sus apetitos con ideas trascendentales; en él "la ética del bien y de la verdad objetivas han cedido su lugar a la de la autenticidad y a la de la sinceridad" (R. G.). Sólo así cree vivir libremente. Oigámoslo un instante para comprobar. Alguien le ha preguntado, en vista de que quiere unirse a Helen, no matrimonialmente por supuesto: —Dime ¿qué persigues con todo eso? —Vivir, respondió el otro. Y como viera un imperceptible gesto de desdén en la boca de su hermana, añadió: Vivir sin que me vivan. Vivir yo mismo; vivir mi vida: vivirla verdaderamente. Creo que es lo único sensato que puede hacer un hombre.

—De acuerdo, asintió Agnes, que había cesado de dibujar. —No, no estamos de acuerdo, dijo él. —Tú crees que la verdad es Dios. Yo no estoy seguro de que Dios exista tal como tú lo conoces. Para mí la verdad es un modo de existir que te permite moverte mediante decisiones interiores, propias, independientes de lo que te rodea. De esta manera se tiene ser, vida, personalidad y todas las características que pueden hacer perfecto a un hombre”.

Ella es la sofisticación en persona y la amalgama de todos los contrarios con tono de encanto. Cree que hacer el amor es amar. Se van contrastando en ella sus exquisiteces de vestuario, danza y arte dramático con su “desorden mental”, su ansiedad pasional con la seguridad de su persona, su espíritu terriblemente burgués con su debilidad amorosa, su hermosura con su desnaturalizada femineidad, su efervescencia con su soledad, su vitalidad y su vacío interior.

El proceso novelístico va a crecer desde esas almas, rodeadas de otras que operan sobre ellas visible e invisiblemente, hasta alcanzar un *climax* de saludable integración humana, anunciada por el desenlace, y que se apoya en un misterio religioso, encadenado a un hecho natural, la existencia del hijo que, al fin, nace. Será Daniel. Los leones son de un escudo nobiliario, que representa la casa española, donde la lucha por su existencia se da más violenta y peligra su ser como el profeta en el foso de Darío; los leones emblemáticos a su vez representan el mundanal rugido que distancia y entenebrece a los protagonistas.

El simbolismo rodea el libro sin tocarlo casi, pero presente en el fondo, como muchos otros signos que palpitan en este creciente movimiento de almas asediadas por una lucha contra sí mismas.

El acento rotundamente ético que posee la narración, a pesar —para algunos— de sus crudezas, al hacer patente el verdadero sentido del amor en la pareja humana, que el lector extrae más bien al final, pues el libro queda abierto a su interpretación, frente a la natural variabilidad interpretativa de los hechos humanos, ese acento, esa fuerza tiene un tanto la técnica de Graham Greene (y esto es un mérito y un feliz injerto) en la situación de “hombres acosa-

dos" que caracterizan a muchos personajes del más famoso y mal discutido novelista inglés de hoy día. En cierta medida a Helen y Bob los vemos en ese estado angustioso; sin detenernos a discriminar este punto, comparando y distinguiendo, se percibe de ese modo la estructura de una Necesidad que les impele a entrar en un orden que ellos rechazan, cada cual desde su punto de vista y desde su íntima voluntad, el *ordo amoris*, no del buen sentido burgués ni el de Max Scheler sino el del cristianismo.

Habría que señalar una virtud en el libro, coherente con su poderosa unidad interna (la cual reiteramos, radica en los personajes mismos que "hacen" la novela), y es el convencimiento que engendra, logrado por su fuerza ya descrita y por la propiedad de sus varias figuras humanas que sería grato describir. Este convencimiento de verdad artística en contacto originario con la vida misma tiene de trasfondo una claridad poco frecuente del conocimiento de la naturaleza humana y sus vicisitudes espirituales, y una notoria precisión frente a las cuestiones fundamentales del vivir. Aunque parezca caótico el mundo en que se desenvuelven los protagonistas y así el comienzo tiene una mundanidad insoportable, hay una andadura de luz secreta, que está en el libro como principio vivo, insuflando, a la postre, una orientación y un sentido, y emerge no de intenciones del narrador, sino del universo allí lanzado y de la legitimidad de los personajes que desplazan ese mundo y lo colorean.

Mucho queda por decir de esta novela que agotó su primera edición en escasos meses y ha constituido el acontecimiento literario de 1956, éxito de público y de crítica, a pesar de alguna escrita con evidente mala fe, arbitraria e injusta.

Tal vez la estridencia aparente de su anécdota sensual no deje ver las finas efusiones de ternura, como algunos diálogos del protagonista con niños, plenos de poesía ingenua y significativa, o el sabor a claridad humana de las escenas españolas, y los bellos elementos simbólicos que cruzan las páginas y dividen los capítulos, las resonancias del misterio que envuelve todo destino, y hasta los ambientes de exacto anglicismo, y todo lo que habría que contemplar de acier-

tos expresivos, agudezas literarias, observaciones profundas en las situaciones y en los pensamientos, en un libro ajeno a lo baladí y a lo externo, cuya contextura y alto vuelo nos acongojan por todo lo que no alcanzamos a decir en esta breve nota.

Frente al escándalo de los que no soportan que un chileno escriba con personajes foráneos y paisajes europeos, basta decir ¿y qué si en esta extranjería se encuentra más humanidad que en muchos pintoresquismos de tierra adentro? Colocado el autor en la gran línea de Graham Greene, Carlo Coccioli, Gertrudis Von Le Fort, Georges Bernanos, su novela agilísima abre un porvenir de interiorización y conciencia espiritual no sólo inéditos sino imprescindibles para nuestras letras, bastante ausentes de altas fuentes de vida.—  
*Alfredo Lefebvre.*



“POETAS MODERNISTAS AMERICANOS. ANTOLOGÍA”. Introducción, selecciones y notas críticas y bibliográficas de *Carlos García Prada*. Universidad de Wáshington. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1956

Se nos ofrece en esta no muy voluminosa antología una selección bastante representativa de once poetas modernistas. Destaca, por su indudable acierto, la que corresponde a Rubén Darío. Se incluyen también en la antología tres precursores. Y, como forzado vagón de cola, a Porfirio Barba Jacob.

Las razones de la inclusión de Barba Jacob ni se enuncian ni son fáciles de adivinar. Antes al contrario, se reconoce que con igual fundamento podía haberse incluido a Delmira Agustini, Gabriela Mistral y Ramón López Velarde (y a una legión más, cabría añadir); se nos asegura que negó el modernismo y que repudió las imágenes preciosistas, los símbolos exóticos, los juegos verbales y los ritmos “unánimes” (!); y, como pálida reflexión generacional, se nos recuerda que cuando surgió el modernismo Barba Jacob acababa de